



AUTORES Y LIBROS

Los Gardeles de Lafourcade

"En Chile, una entidad mayor de la literatura. Enrique Lafourcade, no experimenta rubor en confesarse —y hasta proclamarse— gardelista empedernido."

Los argentinos Bernardo Kucynski y Osvaldo Sotomayor, el inglés Simon Cricker, el chileno Sergio Navarro y no sé cuántos más en otras tantas partes del mundo han consagrado páginas fundamentales a la exaltación del recuerdo de Carlos Gardel. Hace algún tiempo, con motivo de uno de los aniversarios de Gardel, escribí que ya estaba bueno que nos dejáramos de celebraciones, que permitiéramos de una vez por todas al "Zorzal Criollo" descansar en paz. Mi apunte provocó indignación, estupeor, furia. "¿Con qué derecho, ah...?", se me dijo. Me había atrevido a pensar que Gardel estaba muerto. Y no, estaba vivo. Yo pretendía matarlo con mi llamado al orden. Los gardelistas y gardelistas suman legiones. En Chile, una entidad mayor de la literatura, Enrique Lafourcade, no experimenta rubor en confesarse —y hasta proclamarse— gardelista empedernido. Esto es, gardeliano sin remedia. Hace bien, en ocasión de cumplirse este 11 de diciembre cien años del nacimiento (o desde el nacimiento) de Gardel, Lafourcade saluda el suceso con la publicación de una novela: "Hoy está solo su corazón" (Zig-Zag, 1990).

En la contraportada del volumen de Zig-Zag, debajo de una fotografía de Lafourcade tomada como obra de estudio hace ya algún tiempo por Botuka Cullig, se lee lo siguiente: "El protagonista de esta novela está engañado por su autoengaño de llegar a cantar como Carlos Gardel. Su lucha comienza en la niñez y se desarrolla en los restaurantes y quintas de recreo de Quilicura, en bares, tertulias y hasta en las calles de Santiago." Hace bien, la táctica narrativa de Lafourcade consiste en hacer ostentoso honor a lo postulado en la contraportada. Ni más ni menos. Más, tal vez, porque Lafourcade poca siempre más por exageración que por insuficiencia. El hombrecillo del grandémo, cuya silueta disminuida se recortó por largos años en la realidad de algunos pasajes y portales santiaguinos, es a mi modo y modesto juicio el hallazgo verosímil del relato. Lafourcade, para usar un verbo de moda, lo sepa, no obstante ser el protagonista en la expedición de la trama. El rico anecdótico que queda oculto sugiere otra novela inédita. Los trabajos de "ambientación" llevan a menudo a Lafourcade a escupar un tiempo precioso que uno quisiera ver mejor aprovechado en el tratamiento más claro de la anécdota. No es, sin embargo, Lafourcade, como bien se sabe, de los novelistas empedernidos en ocultar la luz del sol o en

infringir con rodens simasos las normas de la novela rápida y directa. La abreviatura de las situaciones posee en él un hábil exponente. Ello facilita sobremedura el "enganche" del texto con el lector masivo y forma de coherencia popular la exposición de sus argumentos.

En cuanto a la peculiaridad expresiva que lo caracteriza, Lafourcade no muestra aquí cambios sustanciales. Se percibe desde luego que el autor no se halla en etapa de nuevas experiencias. Instalado a gusto en su método discursivo, el autor de "Hoy está solo mi corazón" es una firma consagrada a satisfacer la demanda de ávidos lectores lafourcadeanos. Quizá no lo sea por error tendrá dificultades en comprender la necesidad urgente de esta prosa.

Entre tanto, no haya temor de que Lafourcade se duerma sobre sus gardeles.

LAS "CARTAS" DE FLORIDOR

Ediciones IAR han reunido en "La beca y el viento volaron" las cartas en verso que el poeta Floridor Pérez, hombre bueno si los hay, envió a su esposa, Natacha, desde su reclusión obligada en días aciagos. Según informa el propio autor, nació entre el río Puelo y el volcán Yateo; aprendió a caminar en Puerto Montt; a leer en Calbuco; a amar en Panguipulli; estudió en Valdivia; se tituló en Victoria; trabajó en Los Angeles; fue relegado a Combarbalá y no tuvo más remedio que radicarse en Santiago.

Hubo antes de este escueto libro dos ediciones parciales. Una se hizo en México en 1984 y la otra a cargo de IAR en 1985. Por fin Floridor Pérez puede decir que su tarea se ha completado. En la "postdata", que encabeza, curiosamente, como proemio la obra, el poeta emite su profesión de fe: "Admiro y respeto a los poetas mayores. Estimo y estimo a los menores. No tengo sueños de grandeza ni pesadillas de inferioridad y me gusta definir mi poesía con palabras de un economista de la vieja escuela ola: un caso de desarrollo frustrado."

En la primera sección de "Cartas de un prisionero", donde el autor agrupa los poemas que él llama "Cartas con corrección", se escucha como punto de partida esta especie de artefacto de Parra: "Se prohíbe cantar! ¡Oyeron! Se prohíbe cantar. Qué buen título para una canción". La reunión de "cartas" posee un ca-

rácter íntimo, pues, como se expresa al comienzo, no es sólo parte de la correspondencia enviada por el poeta a su esposa. Así, un día le instruye de este modo, en una carta titulada "Buenas noches, amor. No duermas, sueña": "Cuando estendas el lecho como un mapa cuando dobles la sábana en el sur y en el norte orgánicas tu cabello cuando abras el lecho de flores bordado por tu mano o cuando cures tu larga y agosta hija de besos ac central en el valle como lucidándose sitio en el oeste oclática pacífica chalona tu aliento compatizada se bace lecho seducto a tantas sin un faro yao te halla y no te habla porque han apagado la luz y has tocado a silencio en el presidio".

Con ilustraciones que documentan dramáticamente la realidad de la experiencia vivida, el libro de este otro "chileno consagrado en los presidios" constituye todo un minuto testimonial de nuestra poesía.

LA POESÍA SIN COPADA DE MARCOS LÓPEZ

Marcos López es joven, muy joven. Nació en Santiago el 22 de diciembre de 1964. Fundó, según narra la copla de "En estos ojos vacíos" (Documentos/Literatura, 1990), junto con otros amigos, el grupo de experimentación poética LILITH en 1988. En fin, acompañan a Marcos López los inevitables dimesnes y escarceos, los deslumbramientos y pasiones de la juventud. Por ahora no se trata de preguntar adónde ha llegado, sino adónde va a llegar. La ansiedad lo acucia, el misterio lo acecha. Como todos los poetas jóvenes, tiene en vista una meta: ser como los demás sin parecerse a los demás. La originalidad en la forma de expresión representa la suma de sus esfuerzos.

No está mal cacaxanado. Ha leído a Rilke, a los románticos alemanes, a los simbolistas franceses, a los surrealistas de todas las latitudes. "En estos ojos vacíos" parece un título tanto tremebundo para un poemario de esta época. El poeta de este tipo, por lo menos en lo que respecta a los títulos, se las



Enfros Lafourcade o Enrique Gardel

ignancia para evitar inducciones torcidas. La poesía de Marcos López es más fría en su interioridad. Hay de ciertas fórmulas de lenguaje para refugiarse en otras. Se parapeta sigilosamente en ciertas regiones de los infinitos con el afán expreso de ganar solidez. Sin copada, cacaxanado con pinzas vocabales de elección particular, estupeor el cuerpo algo corcoso y a la vez rígido de un sistema que parece atender global y temperamentalmente a las razones de su necesidad. Por ejemplo:

"Escarchado
Casi ciego por su ver
Penetra en su sombra
Yace en su sombra
Huidizo en su marca
Nocturno en su Dios
Vulvoso en su aparecer
Hornébre instaurado en los bosques
Debelado en su madre".
Tiempo al tiempo. Habrá tiempo de revisar.

● Luis Sánchez Latorre

Los Gardeles de Lafourcade [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los Gardeles de Lafourcade [artículo] Luis Sánchez Latorre.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile